

**PARA UNA INTRODUCCION A  
LA NUEVA NARRATIVA ESPAÑOLA**  
DIALOGO CON RAFAEL CONTE

**Marco Antonio de la Parra\***

El auge de la narrativa española es un hecho. Cubre prensa, escaparates, ofertas de traducciones y listas de superventas en un ascenso casi logarítmico.

Una reflexión a través de la historia de las últimas décadas de la novela española permite marcar hitos importantes, momentos de quiebre y de ruptura, tradiciones y futuros desafíos, analizando los aportes del cambio social y político, así como los problemas derivados de una economía libre de mercado al involucrar un oficio tan delicado como el de la creación artística.

Se señalan obras claves y nombres de autores para seguir su huella, se revisan tendencias, influencias y riesgos a correr. Se apuesta, al final, por una novela futura saludable y vigorosa, contra los vientos y mareas de fin de siglo.

---

\* Psiquiatra de profesión, se ha destacado como dramaturgo, narrador y columnista. De sus obras teatrales cabe mencionar, entre otras, *Infieles*; *Lo Crudo*, *Lo Cocido*, *Lo Podrido*; *Matatangos*; *King Kong Palace*; *Dostoyevski va a la playa* y *La secreta obscenidad de cada día*, la que ha sido traducida y puesta en escena en varios idiomas. Su novela *La Secreta Guerra Santa de Santiago de Chile* será publicada pronto en inglés en EE. UU. Su obra *El padre muerto* obtuvo recientemente el Premio Borne de Teatro (1991), y su pieza *Dedalus* acaba de ser estrenada en Nueva York. Actualmente es Agregado Cultural de la Embajada de Chile en España.

El fenómeno existe. Con una campaña orquestada de prensa, gobierno, escritores y editores, representa uno de los puntos altos de la transición española. Votar las novelas más importantes de los últimos diez o quince años se ha convertido en juego frecuente de la prensa española, y los nuevos escritores son celebrados, empujados tranquilamente hacia el matadero de la fama y puestos en páginas de papel brillante con el mismo desenfado que estrellas del rock, la política o el deporte en esa tierra de nadie que es el éxito. Las ventas se han disparado, y la ola se desplaza a los países de habla hispana con lentitud de lava volcánica oyendo desde lejos el crepitar de una industria editorial alegre de publicar mucho a muchos, con nombres nuevos para los que la memoria común no es bastante y un mar de títulos en los cuales es muy fácil perderse.

El gobierno español ha apoyado esta evidente manifestación de salud con toda su energía, y el libro español —y dentro del libro la narrativa y dentro de la narrativa la novela— viaja por ferias especializadas exhibido con orgullo, concurriendo a mesas redondas y colaborando en el reposicionamiento de la nueva España, moderna, contemporánea, activa, europea y occidental a tope.

Todo viaje tiene su mapa. Cuando se nos encargó este registro sobre la nueva narrativa española, no bastaron la curiosidad mal saciada, la asiduidad a suplementos literarios y la estada en la Madre Patria. Pensamos en un guía. Entrevistamos a escritores, amigos libreros, coincidimos en un nombre: Rafael Conte.

Crítico de críticos, estrella fija en el firmamento periodístico, último fichaje del nuevo suplemento literario de *ABC*, durante muchos años crítico de *Informaciones*, periódico que en los años 60 creó un público lector joven, informado y reflexivo, apostando por la nueva literatura hispanoamericana, difundiendo las letras en el exilio, la novela en catalán, con lo que se constituiría después la flamante nueva clase intelectual en el poder leyendo a sujetos como Trías y Savater. Participó desde sus comienzos en la sección literaria de *El País* (para muchos sus mejores años, los del diario, no los de Conte), después pasó al malogrado y ambicioso proyecto de *El Sol*, un diario demasiado adelantado a su tiempo. *ABC* lo contrató como figura de lujo. Una opinión suya es de seguro citada en la banda de superventas de un libro, sus comentarios habitan solapas y contratapas, su mirada cubriría certeramente tan vasto fenómeno como el de la tan festejada nueva novela española.

Me recibió en su piso al final de Alfonso XII. El ascensor estrecho, los muros altos cubiertos de libros meticulosamente ordenados por tema y

alfabeto de autores. Afable, conversador a la española, puro, humeante en ristre, vaso de agua siempre lleno. Era ya la tarde muy entrada, crepuscular, de un verano por extinguirse. Le expuse el tema.

Anunciar como novedad esta novela le pareció del todo injusto. Los cambios vendrían de antes; no hay tal quiebre mitológico antes y después de la muerte de Franco. Los cambios venían desde atrás; ya bajo su gobierno escribir era un oficio de riesgo, de compromiso auténtico, de combatividad estética sin contemplaciones.

“Años duros, difíciles, con censura, con exiliados, con tortura, con muerte, con secuestros, pero hubo cambios. Es evidente que ahora, cuando nos encontramos con libertades, con toda una generación que vive situaciones muy diversas, la gente dice: esta es la nueva narrativa española. Pero la nueva narrativa española lo fue en los años 50, cuando hubo un grupo realista importante. Estamos hablando de una serie de nuevos novelistas que hacían una cosa que a Franco no le gustaba. Eran Camilo José Cela, Miguel Delibes, Carmen Laforet, Ana María Matute. Ni el Premio Nadal que obtiene Carmen o *La Familia de Pascual Duarte* que publica Cela coinciden en lo más mínimo con la política cultural del régimen y eran más nuevos en su época y corrían muchos más riesgos que los que hoy se asumen. Gracias al cielo o al tiempo, estos viejos o antiguos escritores están siendo respetados. El Nobel de Cela, el Cervantes de Ayala o los premios que caerán sobre Delibes de un momento a otro demuestran que son maestros indiscutibles, y son los mismos que trabajaron bajo Franco con muchas dificultades, aunque algunos de ellos salieran de las mismas líneas franquistas. Esto es verdad, muchos de los grandes intelectuales se fueron desprendiendo de esas filas, fueron asumiendo una posición más beligerante, constituyéndose en profesores de las nuevas generaciones. La literatura que se hacía entonces es la que al final ha ganado. No ha triunfado la literatura de los franquistas, de los falangistas, algunos que vendían mucho, los Luca de Tena, los Emilio Roderó y otros. El último fue Vizcaíno Casas, pero vende de una manera caricatural, repitiendo la historia, aunque en parodia. Vizcaíno Casas hace una novela falangista degradada. Es normal que pase eso. Después de esta ofensiva de los grandes vino gente como Sánchez Ferlosio, los Goytisolo, Juan Marsé, García Hortelano, Gonzalo Torrente Ballester, quien se unió luego a los jóvenes, y que a primeras era muy falangista (no le gusta que se lo recuerden, pero me da igual). En los años 60 inicia un debate sobre el realismo, el compromiso, la moral, la política... que es llevado por esta gente, y pierden la batalla. Porque los condicionamientos morales y políticos eran para ellos más importantes que los estéticos”.

Grandes novelistas deben desarrollarse luchando no sólo contra

Franco sino también contra la propia carcoma de la necesidad de la denuncia que siempre aplasta el vuelo y la libertad del escritor. Su lectura, ahora, aunque revela talento innegable, debe combatir contra el paso del tiempo. Lo contingente parece quemar las páginas, les da esa pesadez de la prensa que añeja todo al simple paso de un día. La denuncia pierde fuerza, el pulso se hace volátil y lo que era golpeador y eficaz se torna antojadizo y hueco.

“Pero al mismo tiempo en los años 60 se promulga la ley Fraga que autoriza cierta libertad de publicaciones, aunque permanezca la censura. Se llegó a dinamitar un periódico, el diario *Madrid*, que se cerró y cuyo edificio fue dinamitado. Se vio que la calidad estética dejaba algo que desear y buscaron otra cosa. Al final de los años 60 empieza a influir el *nouveau roman*, el *Tel Quel*, la nueva novela hispanoamericana que era muy vanguardista; la irrupción de *Cien años de Soledad*, de *Rayuela*, etc. influyó muchísimo. Entonces la narrativa española empieza a cambiar a partir de 1967 con la recepción de la nueva novela latinoamericana, la que tiene un influjo enorme en los nuevos narradores. Para bien o para mal, pero influye mucho.”

Eran los años del Premio Seix Barral, el que casi coronó *El obscuro pájaro de la noche* antes de su extinción, el que nos llamó la atención sobre el joven y brioso Vargas Llosa, el que trajo a Cabrera Infante al pódium del *boom*. América generaba una expresión literaria de tal vigor que no lo podíamos creer. Rulfo, Fuentes, Uslar Pietri, González León, Sarduy, Carpentier, Lezama Lima, Garmendia, Bryce Echenique, Mujica Láinez, Borges, Bioy Casares; no había catálogo capaz de sostener tanta creatividad. Leíamos con frenesí; también nos influyó a los que soñábamos con ser escritores de ese nuevo continente, cuyas letras recién se elevaban a las mayores alturas de todos los tiempos. Grandes novelas. Le pregunto por hitos españoles.

“Aparece Juan Benet, por ejemplo, aunque en él la influencia de Faulkner era directa, la misma que habían recibido los novelistas del *boom*, pero que en él seguía otro camino, sin intermediarios”.

Recordé el libro premiado de Benet en el Concurso de Novela Seix Barral que seguíamos devotos. Era un solo y enorme párrafo sin el menor espacio en blanco, enrollado en una máquina de leer que fotografiaba el editor en la solapa, incapaz de reproducir el objeto: un solo rollo de papel montado en dos barras de madera donde se hacía girar la hoja única. *Una meditación*. Si bien llena de calidad, carecía de la festividad literaria liviana y entusiasmada de su paralelo americano. Era genial pero difícil. Ardua lectura que espantó a muchos y postergó el festejo de una novela española. Ya

no era el realismo comprometido sino la vanguardia la que deshacía la relación entre lector y escritor.

“Aparecieron luego unos vanguardistas que después se han reciclado, porque eran muy jóvenes. Actualmente ya dejaron o están dejando de serlo como Javier Marías, Félix de Azúa, José María Guelbenzu. Guelbenzu, el primero, tenía mucha influencia de Joyce y de Cortázar. No tuvieron éxito alguno de público, pero en realidad lo que hacen es impedir que los nuevos escritores que vayan a salir escriban de manera demasiado experimental. El camino de la experiencia queda obliterado”.

Le recuerdo *Tiempo de silencio*, la notable novela de Luis Martín-Santos, al que sólo la temprana muerte en un accidente en automóvil le impidió quedar como uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos. Joyceana pero realista, queda como la bisagra entre dos épocas. Apareció en 1962 y pudo ser un camino interesantísimo que truncó el azar. Su lectura, aún hoy, está llena de auténtica literatura. Superior, pero que quedó esperando una obra que no se pudo consolidar. La publicación de *Tiempo de destrucción*, elaboración de material sin corregir del borrador de una nueva novela no fue suficiente. Parecía que no era el momento aún de esa narrativa sólida y completa, de la cual Martín-Santos, psiquiatra existencialista muy cercano a la filosofía, pudo ser su primer genio mayor. Es fácil idealizar a un muerto, pero cualquier cálculo sobre su figura parece quedarse corto.

“Es el fin del realismo. En el año 62 se comienza a recuperar la literatura del exilio e irrumpe la novela hispanoamericana. Arrasan, eran los más modernos. Así llegamos a las puertas de la muerte de Franco”.

Los fenómenos culturales se toman su tiempo. Una nueva cultura se incubaba y se tomó muchos más años de los esperados.

“Al final de la etapa franquista hay algunas señales. Por ejemplo la transformación de Rafael Sánchez Ferlosio en ensayista. Habiendo triunfado con *El Jarama*, renuncia a la ficción, no cree en ella, y se vuelca al ensayo. Después, con *Escuela de Mandarines*, aparece un escritor secreto que había en Murcia, llamado Miguel Espinoza, que muere en 1982. Era un escritor estupendo, imitador de Gracián, de griegos y romanos; lo conocí en vida cuando era un hombre que luchaba por salir. Entró en un camino sin salida, era un producto fuera del tiempo”.

Repleto de calidad, pero tan distinto a todo lo que se hace, que su lectura quedó para iniciados. Es de los nombres malditos que suelen darse en las encuestas. Lectura de conocedores, se hace difícil encontrarlo. Su humor desuella, sobre todo su saga de *La Tribada*, en la que mezcla sin pudor su propia vida personal a niveles de autotortura pocas veces visto. Cuando ya todo suena a conocido, la lectura de Espinoza devuelve el brillo

a la mirada. *Escuela de mandarines* construyó una literatura aparte pero hizo historia. Es un hito necesario de saborear.

“En ese momento (1974-1975) están saliendo jóvenes escritores como Eduardo Mendoza y Juan José Millás”

A Mendoza lo leí en las pocas partidas que llegaban a Chile. Eran años complicados también para el lector chileno. La historia que se abría en España se cerraba en Chile. Ciclos cambiados, alternativos. Casi había que saquear las oficinas de Editorial Formentor en la calle Londres. *La verdad sobre el caso Savolta* tenía una amenidad que escaseaba en los escaparates. Envolvía como uno sueña ser envuelto por un texto. Llena de peripecias, estilos cambiantes, citas de informes, cambios de narrador, con todo el lúdico artificio de quien sabe dominar la técnica literaria. Como se usaba en esos tiempos, quedaba muy bien ser ingenioso en la estructura.

“Es una novela muy divertida, da el tono de la parodia y el humor que va a dominar la narrativa española por esos años; pero vendió la primera edición y ganó el Premio de la Crítica, nada más. Ahora todo el mundo se acuerda de ella. No es para tanto. Y Juan José Millás ganó el Premio Sésamo de novela consolidándose poco a poco como un gran escritor. Al mismo tiempo algunos de los realistas de antes se reciclaron para hacer una novela más moderna, como Juan José Caballero Bonald, Juan García Hortelano... y Juan Benet, quien sigue impartiendo doctrina de manera bastante inimitable. Benet es un autor en búsqueda de una literatura mítica que pocos han podido seguir. Tiene algunos libros espléndidos. Uno de los primeros, *Volverás a región*, es una maravilla, o *Saúl ante Samuel* —que poca gente ha leído—, la historia de un fratricidio que es, sin ir más lejos, la Guerra Civil. A mi juicio, este último es una obra maestra. Prácticamente no se vendió, estuvo hasta saldado en los grandes almacenes a cien pesetas. Bueno, entre los realistas reciclados aparece *Agata ojos de gato*, de Caballero Bonald, o el notable *Gramática parda*, de Juan García Hortelano, y luego el propio Camilo José Cela que nunca escribe una novela igual a otra. Es curioso, es un vicio de juventud y también un amaneramiento. Lo que era mucha verdad en *La colmena* o en *La familia de Pascual Duarte* no lo es tanto en *Cristo versus Arizona*. Conserva su potencia expresiva, pero hay algo más aéreo, menos que ver con nuestra realidad. Hay que contar con Cela, beber de Cela, creer en él, pero no seguirle en todos los casos. Posteriormente algunos de los vanguardistas de finales de los 60 hacen su novela más asequible, más irónica, más paródica, posiblemente dejando de pensar en el *Tel Quel*, en el romanticismo alemán, para pensar en la sátira y la ironía de la sociedad actual, donde se junta con gente como Paco Umbral o Manuel Vázquez Montalbán, gran escritor pese a no ser un gran novelista.

Es un gran periodista, es un buen poeta, me toca todo lo que hace, aunque supongo que no siempre está demasiado bien calculado. Luego, el tiempo de la muerte de Franco: se suprime la censura, viene el destape erótico, cada uno puede hacer lo que quiera, vienen los géneros promocionados por los editores que quieren vender mucho: el erótico, el policiaco, el de terror, el fantástico y todo eso es más bien... caca, quitando una literatura de mujeres que no está nada de mal porque las mujeres también se sueltan el pelo. Eso empieza con la recuperación de las grandes: María Zambrano, Rosa Chacel, y después las jóvenes como Rosa Montero, Esther Tusquets, Lourdes Ortiz, Soledad Puértolas, la notable Monserrat Roig (que escribía sólo en catalán), todas con mucho interés; sin embargo, la que gana la batalla, la que se impone, es Carmen Martín Gaité, que pertenecía al grupo de los Ferlosio, de los realistas de aquel tiempo, y que fue lo más interesante”.

Lo es aún. Como novelista y como traductora, su figura está seriamente instalada en el panorama literario. *Nubosidad variable*, su última entrega, es el libro más vendido de la última Feria del Libro del Parque del Retiro; su versión de *Alfaro* provoca la sutil conmoción que sólo una muy buena traducción de Virginia Woolf puede gestar.

“En el mundo de la novela policiaca, Vázquez Montalbán hizo su parodia de Pepe Carvalho y se quedó con el mercado”.

Y puso a Barcelona como escenario literario definitivo, sembró de recetas culinarias su itinerario y dejó una suave sonrisa impuesta en el gesto de leer que reemplazaba definitivamente al fruncido ceño del consumidor de vanguardias o de temas profundos. El sello de Vázquez Montalbán se impone como un nombre clave. Agrega sus novelas “serias” como *El pianista* o *Galíndez* o el corrosivo e irónico *Los alegres muchachos de Atzavara*, donde exige cuentas a su propia generación.

“Y aquí hemos llegado. El panorama actual se puede resumir en una serie de criterios. Primero, desconfianza en los dogmas, en los criterios y en los compromisos. Ahí se estrellaron muchas voluntades y muchos esfuerzos muy importantes. Segundo, penetración de los usos y los abusos del mercado, los modelos anglosajones. Esto es muy malo, muy preocupante. Ya lo hablaremos más. Tercero, el humor. Un componente de humor que cuando es bueno se dirige hacia adentro, esto es, la autocrítica, y cuando es malo es sencillamente burla, comicidad fácil, escarnio, sin interés. Y cuarto, la búsqueda de su propio camino en cada uno de ellos. Un caos absoluto donde cada uno desarrolla su propia manera de ser y de ver. En cuanto a los nuevos novelistas importantes, se me olvidará alguno, lo siento, pero tengo mis favoritos. Pues nombro a Alvaro Pombo con *El metro de platino iridiado*, Juan José Millás con *El desorden de tu nombre*, Javier

Marías con *Corazón tan blanco*, Antonio Muñoz Molina con *El jinete polaco* y Eduardo Mendoza con *La ciudad de los prodigios*. Seguro se me olvidó alguna, pero qué más da”.

Estos puntos merecen desglosarse en detalles. Sin duda la variedad es abrumadora. Parece haber espacio para cada cual que quiera establecerse con su tienda y su bandera propia sin necesidad de agruparse ni justificarse detrás de dogmas ni de ismos en boga. Se ha vuelto lícita la experimentación llevada hasta el extremo en el linde con lo ininteligible, como es el caso de *Larva* de Julián Ríos, una novela que explota el camino trazado por el último Joyce, el de *Finnegans Wake*, publicada por fragmentos en revistas para culminar en un volumen de impenetrable factura, con trozos de alta poesía y un ludismo riguroso en que todo pliegue del lenguaje es explorado hasta colmar la capacidad de incertidumbre y extrañeza del lector. Se ha vuelto también compatible con la absoluta frivolidad que lleva a notables escritores como Muñoz Molina, Mendoza o Millás a intentar la siempre riesgosa aventura del folletín y la novela por entregas, experiencia que sorprende por su absoluta falta de seriedad en un mundo literario donde los escritores no necesitan disfrazarse de payasos para vender. El mismo autor que intenta el gesto más convencido de una búsqueda penetrante y arriesgada de alta literatura se permite navegar en aguas lo menos profundas posibles confundiendo a un público lector atacado por todos los flancos con ofertas de todo tipo de calibre. Y es aquí donde la diversidad, hija de la libertad y la apertura de fronteras, se topa con las leyes de doble filo del mercado que tanto asustan a Rafael Conte.

“Los editores van a otra cosa, van a vender novelitas. El principal problema que tiene la literatura española es que ya no tiene otra censura que la que le impone el mercado. El mercado orienta, censura los productos demasiado minoritarios, demasiado experimentales, cosa que es mala. Hoy en España James Joyce no publicaría el *Ulises*; no se lo publicaría nadie”.

Le recuerdo *Larva* de Julián Ríos, le recuerdo a un escritor de oscura densidad poética como Aliocha Coll, de quien he leído las más inspiradas reseñas, admiradas de los límites a los que llevó la novela, cumbres del lirismo que tornan en peligrosa selva su lenguaje, opaco, febril, casi delirante y sin embargo flotando en la lista de novedades, en el mesón del Vips, abierto toda la noche, o de la cadena de librerías Crisol, que abre hasta los domingos capturando un público al que uno ve muy lejos de la sensibilidad de Ríos o del misterioso y heterodoxo Coll. Sonríe Conte por lo de *Larva*.

“Yo también participé en eso. Sí, conozco mucho a Ríos. Fue una cosa rara. Me divierte mucho. Pero Coll no se ha vendido nada. Fue dramático. El pobre hombre se mató. Ríos tiene más talento mundano, viaja, se



contacta, está en España. Aliocha Coll estaba solo en París, aislado, vendió 200 ejemplares. *Attila*, por ejemplo, es una gran novela. Cuando salió por primera vez en 1978 ó 1979 le hicimos una pequeña propaganda en *El País* y no sirvió para nada. Ahora que lo resucitó *Destino* no sé qué habrá pasado. El público vive hoy a ritmo de rock y de televisión. Es una novela difícil, muy hermosa, muy difícil. A *Attila* le dediqué una página completa en *ABC*. No sé, ojalá sirva de algo”.

Pienso en los abundantes suplementos literarios, las bellas revistas que han sufrido una notoria merma en su calidad y en su número. Recuerdo el “joven público lector” que formaba *Informaciones* en los años 60, el mismo que ha durado hasta ahora y que hay que preguntarse si está siendo reemplazado, si se están captando nuevas almas sedientas de esa extraña experiencia solitaria y al mismo tiempo colectiva que es leer, conocer su propio país, su propio espíritu, su propio tiempo, recorrer los más intrincados recovecos de la especie, encarnar lo más propio como extraño y lo más ajeno como propio, todo a través de este delicado instrumento, la aventura del libro, del cerebro abierto a la muda sonoridad del lenguaje y su fascinante relación entre lo representable y lo irrepresentable, entre emoción y pensamiento, entre verdad y mentira, ficción y realidad, sueño y vigilia, muerte y vida. Conte frunce el ceño, bebe agua, se deja refrescar por el murmullo del ventilador. No hace tanto calor. Son los comienzos de septiembre en Madrid y el verano se ha vuelto amable.

“No, ya no existe ese joven público lector —asegura—. Más bien un consumidor vertiginoso. Lee lo que se lee fácil. Pero ya no hay un público literariamente orientado. Ni siquiera curioso, que ya sería bastante. Mi mujer me decía (es profesora, eso me ayuda mucho) que hace unas encuestas entre sus alumnos. Quién ha leído en el verano, qué ha leído. Y de cien alumnos, uno ha leído una novela de verdad, diez han leído entre libros y aventuras y *comics* y el resto nada, pero nada. Y los editores se dirigen a ese público, a engancharlo como sea y lo enganchan relajando los niveles de exigencia y produciendo una novela más barata, más barata desde el punto de vista de calidad”.

El mercado no todo lo que toca lo transforma en oro. Más bien en algo dorado, recubierto o recamado. Nunca ha sido tan fuerte la multioferta, pero también nunca ha habido tanta posibilidad de publicar para un joven novelista. Una multitud de concursos los apadrina y además un mercado ávido los espera. Las novedades atraviesan el escaparate cada semana con un respaldo crítico que incluso podría calificarse de aventurado. Para algunos de los autores más reputados esta moda de la nueva novela es un riesgo tremendo. Javier Marías dice que tal vez de todo este barullo sólo queden

cinco o seis novelas. Tal vez las mismas que señala Rafael Conte, tal vez otras muy distintas. Pero lo cierto es que se está publicando mucho, quizá en exceso.

“Es verdad, también ese es un problema que obedece a las necesidades del mercado. Como no se vende más, los costes aumentan; la inflación, los costes de la solidaridad social, los alquileres, la luz, los teléfonos, los intermediarios, los agentes, todo esto encarece los precios de los libros; entonces estos gastos generales en lugar de dividirse entre cinco libros se dividen entre veinte o treinta y se publica más aunque se venda menos de cada uno, los costes quedan así rebajados. También es un problema económico, no sólo un problema literario. Hay algunos que traspasan la barrera del gran público como Mendoza o Muñoz Molina, pero no ocurre así con Pombo o Marías, que llega apenas a los diez o quince mil ejemplares. Hay otros jóvenes escritores que buscan su propio camino, Jesús Ferrero, Javier García Sánchez...”.

Recuerdo el retintín de augurios que saludó a esos autores. Le pregunto qué pasó con ellos. Una niebla se ha depositado sobre su glorioso talento prometedor que no parece querer moverse de ahí.

“Ferrero publicó uno de los libros más interesantes de fines de los 70,—o principios de los 80, no recuerdo bien— *Belver Yin*, un libro muy bien estructurado, precioso, original, distinto, gracioso, y luego se puso a hacer exotismo de consumo. Como haciendo un cuento chino le salió bien, dijo: voy a hacer cuentos chinos, ya deliberadamente, y no le salió bien. Está un poco de capa caída. Yo creo que saldrá adelante pero tiene que reflexionar”.

Javier García Sánchez, alegre admirador de nuestro José Donoso, emprende por su lado aventuras propias de un grafómano, volúmenes gigantescos, después de una partida muy atractiva con *La dama del viento sur*. Su último libro, *La historia más triste*, Premio Herralde 1991, desilusiona, queda en el zigzag intelectual, impreciso, vacilante, sobredimensionado, como testimonio de una incontinencia literaria que no conoce límites ni jerarquiza adecuadamente haciendo convivir el talento con lo estéticamente erróneo. Otros agregan a Enrique Vila-Matas, último sobreviviente de algún dandismo catalán, que recibe notables críticas por su obra breve, casi transparente, entre la que destaca *Historia de la literatura portátil* y *Suicidios ejemplares*. Pero la lectura echa de menos algún anclaje mayor, faltan vitaminas, músculo; la inteligencia pierde sutileza y se hace quebradiza, aún patina sobre hielo muy delgado.

“Ocurre que el mercado nace a partir de una estructura editorial que está absolutamente obsoleta. Había una enorme protección y también un gran apoyo en el mercado latinoamericano, el que desaparece con la crisis de los

80, la deuda externa, y todo eso. Ya no hay la rentabilidad del mercado que eso suponía y que era la salvación de muchas grandes editoriales españolas. Por ejemplo, recordemos a Editorial Aguilar, a Bruguera, las que quiebran o son compradas por otro o cambian radicalmente. Muchas tienen que desaparecer. Las más aventureras, las con más olfato y sentido empresarial, instalan sus ediciones en América Latina. Planeta y Plaza Janés, por ejemplo. Plaza Janés cae en manos extranjeras, es alemana, no es española. Edita *best sellers* internacionales con no demasiado éxito, mientras que la que edita *best sellers* españoles e implanta sus propias delegaciones en países de habla hispana es Planeta, la que sí tiene éxito, más que Plaza Janés. Los editores españoles de talento se dan cuenta que tienen que adoptar la manera de ser anglosajona. Necesitan editar un libro y venderlo de golpe, en cantidades, para el año siguiente publicar otro. Golpear fuerte haciendo producir a los escritores mucho más rápido y muchas veces mal. Los folletines han sido un horror. El año pasado Eduardo Mendoza publicó *Sin Noticias de Gurb* en el diario, una pésima novela, y vendió mucho editada como libro. Es el mercado. Tiene sus propias leyes y su propio funcionamiento. En el caso de Muñoz Molina, como no sabe lo que es un folletín, lo ha hecho en serio, y le va a salir peor. Ha destrozado un buen libro. Mendoza, en cambio, deliberadamente escribió un mal libro para vender, porque Mendoza ha vivido muchos años en Estados Unidos y sabe de qué se trata. Millás hizo algo parecido en *El Sol* con una novela que no estaba mal y la quemó, la quemó cara al público. No la compraron editada en forma de libro. El mercado es una cosa muy peligrosa. Si un escritor sabe cómo manejar la publicidad y el mercado en provecho propio va a imponer lo que él quiere. Si es un verdadero artista me parece muy bien, pero si no lo es se plegará a las condiciones que exigen esa publicidad y ese mercado y entonces dejará de ser un verdadero artista. Los que hemos citado se salvarán: tienen talento y lo harán bien. Pero se necesita más que talento para sobrevivir al mercado”.

La preocupación es mundial. Octavio Paz una y otra vez arremete contra la confusión mercantil entre obra y mercancía, entre creación y producto, temeroso de que la mano del diseño industrial y el departamento de *marketing* entren en el terreno privado de la creatividad estética. Ya no importa ni leer ni escribir sino comprar y vender. El acto ha visto trasladado su eje. No importa cuántos leen sino cuántos consumen. Esto rediseña el mercado editorial y hace daño en los espíritus menos férreamente novelistas, aquellos que quieren ser escritores a través de la legitimización externa antes que la real, la única verdadera, la de la obra. Cyril Connolly, en un libro inolvidable, *Enemigos de la promesa*, advertía a los jóvenes narradores sobre los riesgos de usar los tentadores caminos más cortos. No debe el

escritor ser conocido por otra cosa que su obra si no quiere generar falsas expectativas, y por lo tanto frustraciones e injustas antipatías. Sólo la literatura hace al autor.

“Cela, actualmente, ha conseguido estar por encima del bien y del mal. Vende lo que quiere. Yo me sospecho mucho que en las grandes tiradas que anuncian hay mucha gente que compra y luego no lee. *El jinete polaco*, por ejemplo, último Premio Planeta, que ya va en 100.000 ejemplares, es un texto complicado, que exige al lector paciencia y tolerancia. Es una espléndida novela, pero es complicada de leer. Es la mecánica del Premio Planeta, te lo meten por los ojos. Ya lo decía Nabokov, la crítica no interesa nada. Los críticos juegan un rol muy pequeño, algunos hasta se dejan influir por las modas”.

Sin embargo en las novelas que nombra como claves, como las sobrevivientes de la gran marejada editorial, hay una evidente unanimidad de la crítica, equivalencia pocas veces vista, y en la mayor parte de los casos, con cierta complicidad con el público que ha sabido seguir el camino de la verdadera literatura.

Para empezar, *El jinete polaco*, una novela de varios cientos de páginas, que sobrepasa las metas más ambiciosas de un escritor que partió pisando muy fuerte, como es Antonio Muñoz Molina. Muy joven, muy inteligente, es evidente su relación directa y completa con la narrativa hispanoamericana. *El jinete polaco* tiene huellas onettianas y de García Márquez por dónde se le mire. Los nombres de los personajes, el manejo del tiempo, la utilización del realismo mágico, la recurrencia faulkneriana revisada por los autores sudamericanos, se reitera sobre todo en esta novela. Sus obras anteriores ya mostraban una habilidad poco común en el fraseo y una densidad poética de alto nivel en la manera de describir, dejando respirar a sus personajes, seleccionando con notable oído los diálogos e invitando a un paladeo de la acción y la memoria como relato que conserva el tono de amenidad que todo gran novelista intenta. Aquí inicia el superpuesto relato de dos amantes reconstruyendo un pasado común a costa de largas frases de aire proustiano al servicio de un mundo más propio de la novela colombiana. La «Mágina» de *El jinete polaco*, especie de reescritura de su Jaén natal, tiene mucho de macondiano, y Ramiro Retratisa, su fotógrafo, podría haber salido fuera de cuadro en alguna instantánea de García Márquez o Juan Carlos Onetti, con quien ha habido confesos intercambios de admiración en columnas de periódicos y notas de prensa. Sin embargo no hay imitación sino influencia, influencia degustada y digerida que crea una especie nueva en el viaje de ida y vuelta entre España y América. Cuesta entrar en su ritmo, cansino, construido en espiral, pero alegre el saberse cogido por un

mundo ficticio de leyes cautivantes, otro cosmos donde poder recorrer la condición humana.

*La ciudad de los prodigios*, de Eduardo Mendoza, también ha conocido largamente el éxito y ha montado sobre la lista de superventas el tiempo que ha querido. Larga novela, la peripecia es su fuerte; es una descripción de Barcelona, como dice su nombre, absolutamente prodigiosa. Rocambolésca, llena de cambios, acciones, travesuras, tiene una gran deuda con la novela de aventuras y muestra un narrador cuyo oficio es innegable, lúcido y eficaz hasta las últimas consecuencias. Mendoza es todo menos ambiguo, todo menos inquietante. Entretenido y alborotado, su mundo se puebla de múltiples alternativas y no cesa de moverse pasando del humor a la tragedia, visitando el melodrama sin dejarle de hacer guiños a la comedia en que su héroe se desplaza por los submundos de una Barcelona que ve crecer su estampa y su perfil ante un lector del todo encarcelado por una prosa fácil que nada tiene que ver con la poesía ni la experimentación. El lector agradece tanta gentileza, acepta un narrador omnisciente que recrea la habilidad de Mendoza para parecer realista siendo paródico, y cierra el libro con un suspiro de nostalgia por que sea posible soñar un mundo tan agitado.

*El desorden de tu nombre*, de Juan José Millás, al cierre de esta nota ya va en la decimosexta edición y de nada puede quejarse. Novela corta, directa, sutil e inteligente, es fácil de leer y aprovecha lo que podría ser una comedia de enredos como un tejido semipolicial que podría haber bordeado lo metafísico. La historia de un editor que intenta elaborar un tortuoso duelo por una amante y se enamora de una mujer que encuentra en el parque frente a la consulta de su psicoanalista, permite a Millás, con un estilo depurado y limpio, ir tejiendo una serie de coincidencias que van rompiendo la relación entre bien y mal, delicadamente perverso, abriendo pequeños mundos en un juego de novela dentro de la novela, que a ratos es notablemente exitoso y eficiente como al incluir los relatos de un joven y soberbio escritor que lee el editor protagonista, envidioso de su talento, esperando siempre encontrar su propia novela terminada sobre su escritorio, de su puño y letra, exitosa y feroz, y que la vida se la juega confundiendo el arte y la realidad, terminando por ser condenado a vivir como experiencia lo que debió haber sido ensueño y ficción. Tal vez la ironía le gane al terror que pudo haber desarrollado y tenga un final prematuramente abandonado, pero aún así da cuenta de una escritura conocedora del oficio que optó por quedarse en una sutil sonrisa antes que penetrar en mundos más sórdidos y peligrosos como los que deja absolutamente abiertos el capítulo final.

*Corazón tan blanco*, de Javier Marías, corona una carrera porfiada, temprana en sus inicios, de comienzos tan experimentales como pedantes,

pero que va desarrollando un estilo de fiereza inusual y ambigüedad suicida. Su comienzo es perturbador: "no he querido saber pero he sabido", estableciendo una relación muy oblicua tanto con el lector como con lo narrado. Todo es borroso, duele al ser conocido y corresponde más a la intrusión casual que al conocimiento buscado. Por momentos absolutamente brillante, su prosa amenaza con ser perfecta a pesar de bambolearse continuamente en una estudiada vacilación que otorga un embriagador ritmo a la narración. Meditación sobre el secreto, sobre el matrimonio, sobre lo inevitable de lo trágico, sobre el oír como una variante del voyerismo, la narración corre por cuenta de un traductor intérprete, un hombre que oye profesionalmente y debe estar continuamente traduciendo en palabras de otros lo que no le pertenece, siempre enterándose de lo que no incumbe y actuando como si no existiera. Con algunas páginas del más delicado sentido del humor, como la conversación entre una presumible Margaret Thatcher y un posible Felipe González intervenida por este equilibrista del lenguaje con falsas comunicaciones e intimidades prefabricadas, también recorre alguna de las secuencias más inquietantes que hay en la novela española cuando colabora, como tercero invisible, en el encuentro amoroso por correspondencia de una vieja amante coja con un sujeto desconocido, al que atribuye una personalidad adivinada. La trama misma, la revelación de la figura del padre y su implicación en una turbia historia matrimonial, es a ratos escalofriante, sorprendiendo el manejo de la perversidad de las relaciones humanas de que hace gala a través de un relator equívoco y confuso, con una elegancia única en la que se denota la inmensa influencia de autores de habla inglesa como Henry James y Ford Madox Ford.

*El metro de platino iridiado*, de Alvaro Pombo, de cruel y sardónica sorna, pasa de lo filosófico a lo coloquial con un habilidoso manejo del lenguaje, cambio de puntos de vista y una aparente superficialidad que va dejando rudas marcas de desencanto sobre el mundo que narra: burguesía, afanes, ilusiones, todo hecho trizas por su gesto aparentemente desdeñoso, rodado por una narración fluidísima que pasa del cotilleo a la reflexión, del chisme al pensamiento, congelando el aliento del lector. Historia profundamente trivial, su protagonista es una suma de virtudes, el metro de platino iridiado por el que todos a su alrededor se miden, y a quien le irán sucediendo todas las desgarradoras desgracias de la vida más cotidiana haciendo trastabillar su confiado camino de vida. Construida con secuencias largas de vida diaria, el encanto es su mayor fuerza, hipnotizando para producir la más honda y amarga meditación sobre el destino y la precariedad de los sueños humanos. El humor no la abandona nunca, ni siquiera en sus mayores cumbres filosóficas. Su prosa es contundente, develando un acabado oficio

de novelista que sabe manejar su enorme galería de personajes, siempre en movimiento como en un Chéjov tentado de risa, una comedia de costumbres entristecida, un cruce logrado entre lo dramático y lo cómico.

Son tal vez los mejores momentos de los nuevos novelistas. ¿Son mejores que los antiguos?

“Los nuevos novelistas saben más, han viajado más, reciben más influencias, son más sofisticados e incluso, creo yo, escriben mejor. Tal vez lo desperdicien pero lo cierto es que a pesar del mercado hay una novela exigente, exigida. Viven de lo que escriben, necesitan dinero, se relacionan fuertemente con la prensa. Y eso no es una novedad. El escritor español siempre ha estado conectado con la prensa. Es columnista o periodista y eso lo ayuda en su imagen de mercado. Es un escritor que habla, que conversa, que se expresa bien, que opina de muchas cosas. Muñoz Molina ha sabido montar sus artículos en *El País* de manera literaria, ajeno a los tics periodísticos. Conservan su estilo, Millás, Vázquez Montalbán, Pombo, Marías. Es una relación un poco vampírica. Todos escriben en la prensa. Mendoza no; pero publica folletines. Pienso que hacen bien, no se dejan imponer ni temas ni tratamientos y aprovechan como publicidad su aparición. Eso depende de cada escritor. Los mejores toleran mejor el toqueteo periodístico. Es la protección del talento. No todos lo tienen por igual. Los medios de comunicación son el mercado y el roce con el mercado requiere una vocación ya templada y una identidad conseguida a cabalidad”.

El gran peligro de la nueva narrativa española parece ser su propio éxito; no parece haber otra alternativa que funcionar con el mercado y parece que el gran desafío del genio es escribir por encima de este mismo mercado, de utilizar sus palancas y trampolines y saltar al vacío sin quebrarse la crisma. Es la gran influencia, la gran mezcladora, el gran impulso y el peor freno. Obliga a protegerse y al mismo tiempo estimula a niveles insospechados. Sin mercado no habría habido este gran despegue, y este mismo mercado puede matar la gallina de los huevos de oro transformándola en industria, en *kitsh*, en reiteración y convencionalismo.

Después hablamos de las influencias literarias. El *boom* latinoamericano, tantas veces citado, del cual las huellas más importantes parecen ser Onetti, Cortázar y García Márquez. Además Proust y Joyce, omnipresentes, como también Kafka, cuya sombra rige toda inquietud, y Faulkner, innegable. Y más tenue, pero evidente, la relación con la gran novela alemana, con el mejor Günther Grass, con Thomas Bernhard, con la imagen de Peter Handke. Cervantes siempre influye. Su desmesura, su humor, su propuesta, su relación con los clásicos, patente en autores de la talla de Juan Goytisolo, uno de los que más ponen de sus propias vísceras en el acto de escribir.

"Es un gran escritor, me gustan mucho sus principios, *Señas de identidad*, por ejemplo; *Paisajes después de la batalla* no se puede dejar de lado; *Coto vedado* es inolvidable. Goytisolo es un rebelde, no le gusta que lo clasifiquen, pero es un hombre muy importante".

"Ya sabemos quienes son los imprescindibles".

Lo interrumpo. Habría otras novelas que de todas formas deberían incluirse en cualquier catálogo introductorio a la nueva novela española. Enumerémoslas.

Se levanta Conte y me conduce hacia el pasillo de la casa. Recorremos la zona de la novela española contemporánea. Lee sobre los lomos.

"*Si te dicen que caí*, de Juan Marsé, un poco el resumen de la historia de España, de toda la época de Franco. *Gramática parda*, de Juan García Hortelano, una excelente novela, irónica, astuta, la historia de una niña que quiere ser Flaubert, un manual sobre cómo hacer una novela. *Larva*, de Julián Ríos, porque es la apuesta por la experimentación, el desorden, el terrorismo está muy bien. *El río de la luna*, de José María Guelbenzu, es una novela generacional, sobre la formación de un español en los últimos años del franquismo, y *Amado monstruo*, que es muy graciosa, de corte humorístico, un diálogo entre un solicitante de trabajo y su posible empleador que llega a niveles de absurdo muy notables; obra menor pero que tiene un lado surrealista que no está nada de mal. *Escuela de Mandarines*, de Miguel Espinoza, porque es un genio fuera del tiempo. *La saga fuga de J/B*, de Gonzalo Torrente Ballester, una novela espléndida. *Mazurca de dos muertos*, de Cela. Delibes siempre. *La Fuente de la edad*, de Luis Mateo Díez, porque es muy pero muy cervantina.

Recorre musitando en voz alta el nombre de algunos autores. Son muchos. No se detiene sobre un título en especial.

"No sé, no añadiría más, para qué."

Transmite una final confianza en la salud del género en España. Espera con ansias las nuevas publicaciones de un número creciente de autores valiosos. Las listas, tiene razón, son siempre ingratas. Siempre queda alguien fuera, siempre alguien se resiente. Pero confía en el oficio. Lo reconoce por el olfato y siente que aún debe aguardarse una novela más perfecta y acabada, que la hará alguno de los nombrados o alguien que está trabajando en la penumbra.

"Ser novelista es estar enamorado de contar historias y darlo todo por poder contarlas bien, tener tripas y tener cabeza. No se necesita nada más. Tripas para arrojar lo que lleva dentro y una cabeza para saber arrojarlo. Nada más. Se nota en cuanto lees a alguien. Se nota inmediatamente si le interesa contar algo bien; se nota que no escribe solamente para que



lo venda un editor. Ahí ya no me interesa, por mucho sexo y violencia y entretención que le pongan. Se está gestando una nueva novela. Otra. Tiene que venir un género literario híbrido entre poesía, novela y ensayo. Tiene que venir. Yo creo que vendrá. Lo escribirán, si es que no lo están escribiendo ya”.

La sociedad española está escribiendo su novela, ese género absolutamente moderno que crece como autoconciencia de su época, revelando sus cimas en la capacidad de describir un perfil y al mismo tiempo exhibir sus quiebres y falacias. En la gran novela late el inconformismo, florece la ilusión pegada con el desencanto, leal como ninguna, traidora como pocas. España, por mucha careta de efemérides, carnavales y gestos que trivialicen su cambio cultural en aparentes desafueros, pérdidas de límites y culto a lo *light*, se ha permitido proteger el crecimiento libre y bullente de una poderosa narrativa, entre la cual hay claros índices de una conciencia superior que recupera sus raíces y conserva una identidad muy golpeada por sus cambios. El florecimiento fastuoso de la industria editorial, agresivo y multifacético, quita el tiempo de reposo para el buen lector de novelas que termina encontrando el compás y el oxígeno que buscaba en autores cuya hábil metamorfosis con el mercado puede confundir al más astuto. Se teme por la buena salud del público travestido en masa por el índice de ventas. Se confía en la habilidad del escritor para hacerse leer, para enseñar cómo ser leído. Los más frágiles, los marginales, los menos adaptados, muchas veces los más geniales, deberán cubrirse del éxito de otros más dotados para moverse en las tenebrosas aguas del comercio y la publicidad. Se protegen entre todos. La crítica, variada, múltiple, estimulante, alienta la variedad y el acabado refinamiento de las nuevas voces, rescata las dadas por perdidas y recupera lo que pudo pasar por antigüedad y aún está lleno de vida.

La democracia ha permitido una novela autodefinida como exclusivamente literaria, respetuosa del género, sabedora de los riesgos feroces de toda aventura estética y con un sólido compromiso con el arte. No hay duda de que las cuentas con el mercado se han ido saldando a costa de varias bajas, talentos emergentes que en el camino se han extraviado, pero permiten esperar un producto novelesco cada vez más elaborado, incluso de espaldas al gran público, cuyo aplauso no parece quitar el sueño a los mejores del grupo en sus gestos más serios. Hay quien dice que aún no se llega a la cima, que aún no están escritas las grandes novelas definitivas. Pero plumas hay, y potentes. Es bueno seguir la huella de los que se lo merecen. Y no perder la curiosidad. Que por mucha escenografía que se pueda divisar y aturda la diversidad y el número, hay un realidad, una propuesta de calidad y un deseo claramente concebido en la nueva novela española.

Rafael Conte lo sabe y mira ansioso las escrituras de este fin de siglo tan incierto e inesperado que desafía toda totalización y las últimas autosuficiencias de los escritores. Hay que escribir mirando por sobre el horizonte. Las épocas de cambio cuando aquietan sus aguas lo permiten. España se asienta en su modernidad y permite a sus escritores asentarse, criticarla, demolerla, revivirla, redimirla, elaborar con ella todos los duelos de la historia, los pasados y, sobre todo, hasta donde sea posible, los futuros.

Nos despedimos. Cordial, agradable, quedamos de vernos en habituales tertulias de escritores. Afuera está por anochecer. Son largos los días de verano en España. Sobre las listas no hay grandes sorpresas. Los títulos nombrados tienden a repetirse en los diversos órganos especializados, tienen su público, su registro crítico, su evidente resonancia. En el bosque de ofertas hay que escoger ciertos caminos que han sabido librarse de todos los abismos del mercado, ciertos títulos en ciertos autores, e ir esperando sin prisa la gestación de esa novela que nuestro idioma ha ido trabajando desde el mismísimo Cervantes, hasta donde llega la huella, hasta su mismísimo origen, escribiéndose una y otra, abarcando todo ese gran territorio que es el mundo de habla hispana. Hace años fue el *boom* en América, hoy está la vibración en España. Se mueve, contagia, crece en múltiples y mutuas influencias. Se sigue escribiendo. Y se agradece. □